

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: <https://www.researchgate.net/publication/291602600>

El Castellar de la Morera de Elche: ¿madina o hisn?

Article in *Lucentum* · December 2008

DOI: 10.14198/LVCENTVM2008.27.14

CITATIONS

4

READS

1,187

3 authors, including:



Gutiérrez Lloret Sonia
University of Alicante

90 PUBLICATIONS 880 CITATIONS

SEE PROFILE



Jose Luis Menendez

4 PUBLICATIONS 31 CITATIONS

SEE PROFILE

EL CASTELLAR DE LA MORERA DE ELCHE: ¿MADĪNA O HİŞN?

THE CASTELLAR DE LA MORERA IN ELCHE: MADĪNA OR HİŞN?

SONIA GUTIÉRREZ LLORET

Universidad de Alicante

JOSÉ LUIS MENÉNDEZ FUEYO

Museo Arqueológico Provincial de Alicante

PIERRE GUICHARD

Université Lumière II – Lyon

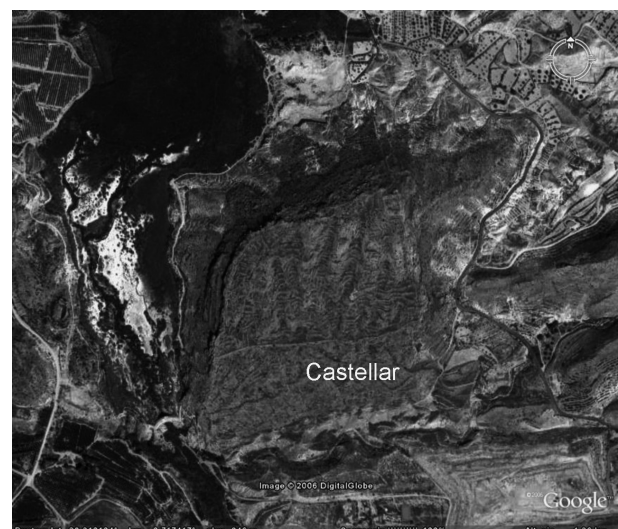
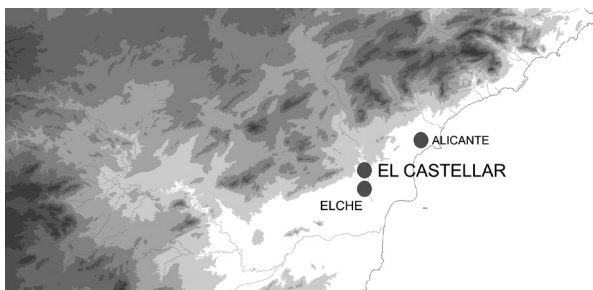
1. INTRODUCCIÓN

El proyecto de investigación arqueológica sobre el yacimiento ilicitano del Castellar de la Morera (Elche) tiene como objetivo documentar uno de los yacimientos arqueológicos más interesantes, controvertidos y olvidados que el panorama de la arqueología islámica puede ofrecer en la provincia de Alicante.

La investigación ha sido impulsada por el Museo Arqueológico de Alicante (MARQ), con la participación de la Universidad de Alicante y el apoyo del Museo Arqueológico y de Historia de Elche (MAHE) y ha surgido como un revulsivo ante el abandono secular de este importante yacimiento ilicitano, mencionado ya por Cristóbal Sanz en 1621 y dado a conocer por el historiador ilicitano Pedro Ibarra a finales de los años veinte del pasado siglo, pero olvidado por la investigación reciente. Este proyecto pretende materializar un lugar hasta ahora invisible y replantear la problemática

del asentamiento temprano musulmán en la región de Elche (Figs. 1 y 2). Se trata de una investigación de equipo, dirigida por Pierre Guichard, Sonia Gutiérrez Lloret y José Luis Menéndez Fueyo, con la colaboración de un equipo científico que integra entre otros investigadores a Rafael Azuar Ruiz, Javier Martí y Josefa Pascual, a más de los expertos en campos colaterales como la prehistoria y la zooarqueología.

Su objetivo primordial es la explicación histórica del asentamiento a la luz de los convulsos procesos de la formación de una sociedad islámica entre los siglos VIII y X, entre los que se sitúa la problemática de la localización del topónimo árabe «*Al-‘Askar*» (el campamento), aparente trasunto de una realidad percibida como urbana por el geógrafo oriental *al-Ya‘qūbī* en su obra *Kitāb al-buldān*, fechada a finales del siglo IX. La eventual identificación de ese emplazamiento con el yacimiento explorado ha sido recientemente formulada por P. Guichard (2007, 99-105), a partir



Figuras 1 y 2: Situación geográfica del yacimiento del Castellar de la Morera en Elche (Alicante).

de la confrontación rigurosa de las fuentes árabes (*al-Ya 'qūbī, al-'Uḍrī* (Molina López, 1972), o *Ibn Ḥayyān* (Viguera y Corriente, 1981) con el valioso testimonio de la *Yamhara* o tratado de genealogía de Ibn Ḥazm (Téres, 1957, 53-112 y 337-376), que radica en los distritos y alrededores de Elche al linaje árabe de los Banū al-Sayj, famoso por sus episodios de disidencia en los castillos de Alicante y Callosa de Segura entre los años 924 y 928.

Es justo reconocer que esta interesante hipótesis del profesor Guichard, unida a su empuje a la hora de plantear la posible realización de una actuación arqueológica en el yacimiento, caló hondo en el equipo técnico del MARQ, que asumió la tarea de coordinación de los diferentes miembros del equipo científico y el planteamiento de la estrategia de trabajo. De esta forma, y arbitrado por los fondos del Plan Anual de Actuaciones Arqueológicas de la Diputación de Alicante, se ha diseñado un proyecto trianual destinado a documentar este importante enclave en la cuenca del Vinalopó y replantear, a través de la documentación arqueológica obtenida, la problemática del asentamiento temprano musulmán en la región de Elche, más allá de que se trate o no del *al-'Askar* del que hablan las fuentes árabes.

2. HISTORIOGRAFÍA

Como ya hemos señalado con anterioridad, las menciones al Castellar de la Morera han sido frecuentes en la historiografía moderna y contemporánea. La historiografía alicantina referente al yacimiento se remonta al trabajo pionero de Cristóbal Sanz, en su obra *Recopilación en que se da cuenta de las cosas antiguas como modernas de la ínclita villa de Elche*, manuscrito de 1621 publicado bajo el título «*Antigüedades y Glorias de la Villa de Elche*», donde ya aparece el yacimiento en cuestión, aunque adscrito a la época romana, cosa frecuente en aquella época¹. No obstante, los primeros trabajos con un sentido arqueológico más actual fueron realizados por Pedro Ibarra Ruiz en las primeras décadas del siglo XX, donde se abordó una recogida de materiales que fueron publicados en 1926 en su obra «*Elche. Materiales para su historia*», basada en las excavaciones realizadas en el yacimiento en el año 1914. Allí identifica algunas estructuras visibles en la parte alta del cerro como «*un cuartel fortificado cuya traza medieval recuerda, por su figura, su emplazamiento muy primitivo, y por su aspecto y materiales, una restauración que obedeció a nuestras luchas interiores en el siglo XV...*» (Ibarra, 1926, 1), al tiempo

que identifica como prehistóricas las producciones cerámicas extraídas del yacimiento, que gracias a la cuidadosa reproducción fotográfica que acompaña la publicación pudieron ser reconocidas como medievales (Gutiérrez Lloret, 1996, 366).

Posteriormente, ya en la década de los 50 del siglo XX, el investigador ilicitano Alejandro Ramos Folqués publicó en el Anuario de Estudios Arqueológicos del año 1953, un artículo titulado *Mapa arqueológico del término municipal de Elche* donde señala que la meseta del Castellar de la Morera «... estuvo defendida por fuerte muralla de más de un metro de ancha, formada por grandes piedras, algunas de ellas tal vez de una tonelada, sin argamasa en su base y con piedras de menor tamaño unidas con mortero en la parte superior» y menciona, recogiendo el espíritu de las observaciones de Ibarra, que en «... la parte más elevada de la sierra, al NE, hay una construcción romana o árabe restaurada en la Edad Media, en la que se distingue una especie de patio de armas rodeado de habitaciones pequeñas». Por fin, indica que «... abunda la cerámica neolítica con ornamentación varia, hachas y percutores de ofita, puntas de flecha de sílex, dientes de hoz o sierra y piedras de arenisca cuarzosa utilizadas como amoladeras...», así como «... se encontraron dos esqueletos, uno de ellos con varios brazaletes y sortijas de bronce; junto a ellos había armas de piedra y trozos de cerámica de barro negro micáceo...» (Ramos Folqués, 1953, 346). Años más tarde, su hijo Rafael Ramos Fernández vuelve a recuperar esta descripción en su obra *La ciudad romana de Illici. Estudio arqueológico*, publicada en el año 1975.

El siguiente trabajo centrado en el yacimiento fue un estudio colectivo del Grupo Ilicitano de Estudios Arqueológicos publicado en los años 80 en la Revista del Instituto de Estudios Alicantinos –actual Instituto Juan Gil-Albert (Fig. 3). Se trata del primer intento serio de establecer una evolución histórica de los diferentes restos constructivos existentes en el Castellar. Para ello el grupo realizó un exhaustivo trabajo de documentación de campo destinado a «*facilitar al estudioso de la arqueología, y en especial de la medieval, una amplia pista de despegue que le permita sobrevolar los muchos obstáculos y sentar las bases generales del yacimiento...*» (G.I.E.A., 1982, 68). Dicho estudio contiene la primera planimetría básica del yacimiento, en la que se identifican diferentes áreas de ocupación que abarcan desde la Prehistoria a la Edad Media. De esta manera, documentan la existencia de materiales prehistóricos –restos líticos, algún diente de hoz y una hacha y una tumba con ofrendas– localizados en la ladera Sur del yacimiento y que, en su entender, debían corresponder a un campo de cultivo del cercano yacimiento prehistórico del Puntal del Búho. También localizaron materiales de época tardorromana – ánforas, fragmentos de *terra sigillata* africana y cerámicas con pellas de barro correspondientes a la forma Gutiérrez M10.1–que, a pesar de su escasez, sugieren la existencia de un asentamiento tardorromano de altura en el

1. «*En la partida de Beniay vemos también edificios de Lugar, y en el Castellar de la Morera, muy cerca de aquí, hay pedazos de murallas. De manera que todo nuestro término lleno de edificios romanos y sembrado de monedas vistosas y medallas antiguas que cada día se van hallando...*» (Sanz, 1621, 107).

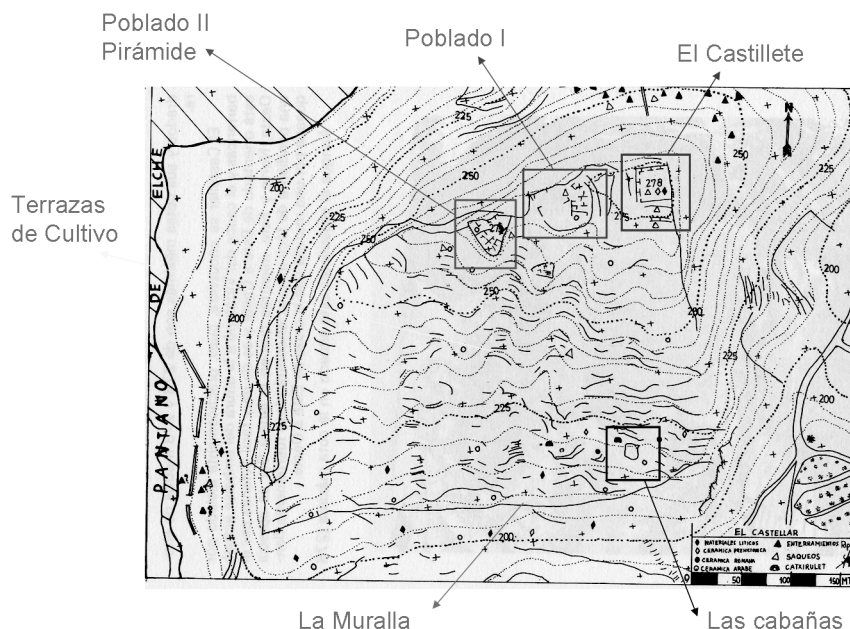


Figura 3: Planimetría elaborada por el GIEA en el año 1982 con la ubicación de los tres conjuntos de la plataforma superior.

cerro o al menos una ocupación puntual. No obstante, los materiales más abundantes eran indudablemente los correspondientes a la época islámica, que aparecían dispersos por toda la superficie del yacimiento, siendo más abundantes en la ladera Sur, donde aparecieron varios fragmentos de tinajas con cordón plástico en relieve, marmitas, un fragmento de olla escotada, restos de tapaderas planas, incluso un candil de piquera del tipo 6.2. del Ribat Califal de Guardamar del Segura, fechado entre la segunda mitad del siglo X y el primer cuarto del siglo XI, a más de dos espátulas de bronce.

Con posteridad a este trabajo, Paul Reynolds (1993) presentó algunos materiales relacionados con el Castellar de la Morera en su estudio regional *Settlement and pottery in the Vinalopo Valley (Alicante, Spain), 400-700 AD²*. Este autor lo incluye dentro de los asentamientos en altura del siglo V que perduran en el siglo VI aunque matiza que en el caso ilicitano no existen datos para llevar su fecha al siglo V, si bien señala haber recogido cerámicas de época alto-imperial. Las cerámicas de los grupos 7 y 9, donde cita fragmentos localizados en el yacimiento, son fechadas por este autor en el siglo VII, con una perduración hasta el VIII, al tiempo que indica que el yacimiento «... se compara marcadamente con los poblamientos islámicos que describe P. Guichard que tienen una cronología más amplia, alcanzando el siglo X y quizás el siglo XI, contemporáneo con Els Castellarets de Petrer...» (REYNOLDS, 1985, 264).

Avanzando en el tiempo, también Rafael Azuar Ruiz ha tratado algunos aspectos del yacimiento en sus trabajos. En concreto, en una síntesis sobre las

fortificaciones del Vinalopó entre los siglos VIII al XI, revisa las hipótesis previas sobre el origen de los asentamientos fortificados en el *Šarq al-Andalus*, trazando un estado de la cuestión de la información arqueológica disponible hasta ese momento. Incluye al Castellar entre los «primeros *husun*» señalando que se trata de un asentamiento de gran importancia aunque de difícil interpretación, ya que sus estructuras se encuentran destruidas y nunca han sido objeto de una excavación sistemática (Azuar Ruiz, 1994, 67-103).

Por último, el estudio regional sobre el poblamiento de la Cora de Tudmir de S. Gutiérrez Lloret (1996) establece algunas de las bases del trabajo de investigación que ahora este equipo científico se propone realizar al integrar el asentamiento dentro de un contexto histórico determinado, fundamental para conocer su origen y evolución. Desde su perspectiva, el Castellar se define como un poblado fortificado, un tipo de asentamiento muy determinado que aparece en los umbrales del siglo X, en relación con la mayor islamización social y la desestructuración de las redes de asentamientos en altura con posterioridad a la *fitna*. Se trataría de un nuevo tipo de hábitat fortificado que puede construirse *ex novo* o, por el contrario, aprovechar el solar de antiguos refugios enriscados. Más que de refugios en altura para eventuales situaciones de peligro, el Castellar sería un verdadero poblado amurallado que aprovecha la superficie amesetada del cerro para edificar el área doméstica. Su carácter fortificado está fuera de toda duda, en razón de su potente muralla perimetral, a lo que se añade la elección de un cerro elevado con puntos fácilmente defendibles dada su abrupta orografía y que presentan elementos fortificados en las zonas aparentemente más débiles. En este contexto de discusión sobre el significado histórico

2. También se puede consultar P. Reynolds, (1985).

y social de la islamización, se inscribe igualmente la reciente reflexión, anteriormente citada, de Pierre Guichard (2007, 99-105) sobre la eventual y discutible identificación del sitio con el misterioso topónimo «pseudourbano» de *al-‘Askar* y que ha constituido indudablemente uno de los acicates del proyecto.

3. SITUACIÓN GEOGRÁFICA

El Castellar de Morera es un monte aislado de las últimas estribaciones de la Sierra del Tabayà con una altitud máxima de 278 m s.n.m. situado en la margen izquierda del río Vinalopó a unos cinco kilómetros al Norte de la ciudad de Elche. El cerro está limitado al Noroeste por el pantano de Elche, al Este por el canal del castellar, por el que discurre el camino del Racó de Morera, y al Sur por la barranca que le separa de la Sierra del Búho (Fig. 4). Es prácticamente inexpugnable por todos los lados, salvo por el frente meridional que descende formando una suave pendiente, donde fue construida una impresionante muralla de más de dos metros de anchura que conserva hasta metro y medio de alzado en algunos tramos. Dicho lienzo, de mampostería dispuesta en seco –aunque en algunos sectores se aprecian vestigios de mortero–, recorre el cerro configurando un recinto fortificado en forma de cuadrilátero irregular cuyas dimensiones son 158 metros en el lado Sur, 260 metros en el Noroeste, 348 metros en el Norte y 286 metros en el Este con una superficie de 480.000 metros cuadrados. Toda la superficie interior que descende hacia el Sur, aparece totalmente aterrada por márgenes de mampostería en seco; los restos de estructuras de habitación se concentran en la zona septentrional.

La cota más alta en el ángulo nordeste del yacimiento la ocupa una estructura rectangular de unos 35 metros de lado –denominado popularmente como *Castillejo*, *el Castillete* o *el Fortín*– realizada en mampostería trabada y revocada con mortero de cal, con un patio central al que se le abren en los lados Norte y Oeste dos y tres habitaciones respectivamente. Esta construcción, que conserva un alzado de muros superior al resto de las estructuras, fue considerada un



Figura 4: Vista general del Castellar de la Morera.

cuartel medieval restaurado con motivo de las guerras del siglo XV, según expresó Ibarra en sus estudios, si bien en el yacimiento no se observan huellas de una ocupación posterior al siglo XI y los materiales que allí se encuentran concuerdan en todo con los restantes. En las inmediaciones del fortín pueden reconocerse estructuras de posibles viviendas con lo que podían ser patios y habitaciones con grandes lajas delimitando las puertas. Existen restos de una necrópolis en las laderas Norte y Oeste que aprovecha grietas y hendiduras cubriéndose en algún caso con losas de caliza.

4. PLANTEAMIENTO Y RESULTADOS PRELIMINARES DE LA CAMPAÑA DE 2007

La actuación planteada para el primer año, realizada en septiembre de 2007, aún se encuentra en fase de estudio, con lo que únicamente podemos avanzar resultados preliminares. Sin embargo, la intención del equipo técnico en esta primera campaña pasaba por asegurar la información básica con la que diseñar cualquier estrategia de investigación arqueológica. Para ello se planteó una prospección extensiva del yacimiento y zonas circundantes al mismo, así como la realización de una topografía y planimetría actualizada de los restos existentes³, que constituya la plataforma digital en la que integrar igualmente los restos que la propia intervención exhume y/o documente (Figs. 5 y 6).

Paralelamente a estos trabajos de documentación, la prospección extensiva se centró en el cerro donde se encuentra el yacimiento y las parcelas más próximas al mismo. Se pretendía de esta forma localizar el material arqueológico, establecer su mayor o menor frecuencia espacial y lograr la precisa adscripción cronológica del mismo. Para acometer esta tarea, se establecieron diferentes áreas de trabajo –denominadas Áreas de Prospección (AP)–, adaptadas a la realidad topográfica del cerro y delimitadas por los accidentes geográficos o referencias visuales del cerro (Fig. 7).

Estas grandes áreas de prospección se subdividieron en diferentes sectores que permitían localizar con mayor precisión espacial la recogida del material arqueológico. En cada uno de estos subsectores, se realizó una prospección intensiva documentada en una ficha de unidad de prospección (UP)⁴. Si durante el proceso de prospección se lograba identificar una estructura, una acumulación determinada de material en un punto concreto u otro elemento que fuera preciso diferenciar, se abría una nueva unidad de prospección siguiendo la numeración correlativa de cada sector

3. Este levantamiento topográfico fue encargado a *Niroza Construcciones y Servicios*, empresa especializada que trabajó en paralelo al equipo de prospección y bajo la supervisión de éste (Fig. 8).

4. Como ejemplo, el área de prospección I contaba tres sectores (1, 2 y 3) y diferentes unidades que comenzaban por los números 1100, 1200 o 1300 respectivamente.



Figura 5 y 6: Diferentes vistas de los trabajos de prospección llevados a cabo por el equipo durante el mes de septiembre de 2007.

(1101, 1102... y así sucesivamente). De esta forma, y dada la enorme extensión del yacimiento –11,3 hectáreas– obtuvimos la información precisa de dónde se localizaba el material arqueológico recogido, fundamental para establecer las áreas de concentración.

Los resultados de la prospección aún se hallan en proceso de inventario y catalogación, previo a obtener



Figura 7: Distribución de las áreas generales (AP) durante la prospección de 2007.

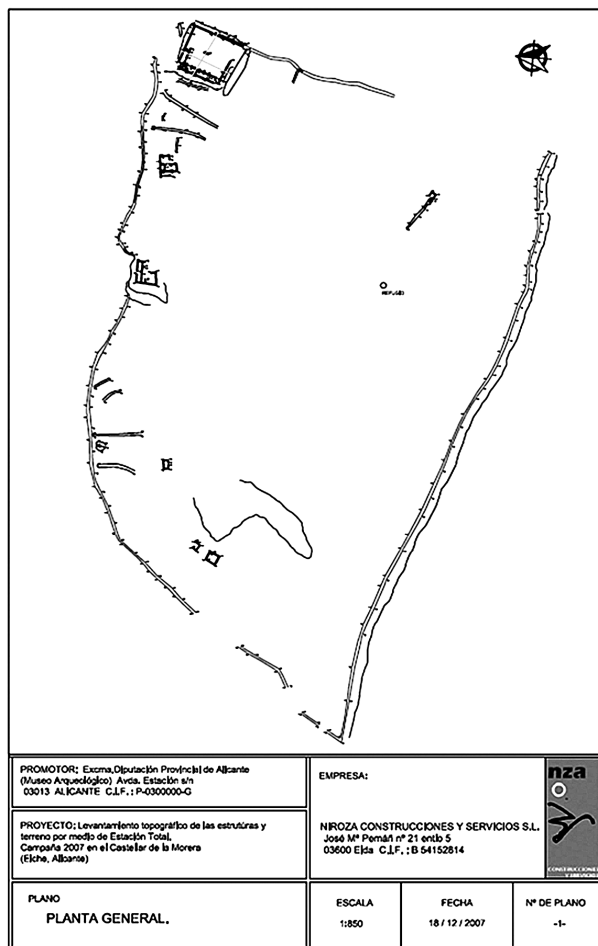


Figura 8: Planimetría actual del Castellar de la Morera.

las gráficas de frecuencia por sectores y áreas. En dicha labor es necesario reconocer la implicación del grupo de estudiantes y voluntarios que integraron el equipo de esta primera campaña, en especial la de las arqueólogas Lucía Candela Torregrosa y Noelia Checa Martínez que, bajo la dirección de quienes esto suscriben, han realizado las tareas de lavado e inventario del material arqueológico en el marco del trabajo de investigación tutelada del Master oficial de la Universidad de Alicante *Arqueología Profesional: herramientas para la gestión integral del patrimonio arqueológico*⁵.

La prospección, a más de realizar la recogida sistemática de material arqueológico, ha permitido

5. El equipo de la primera campaña lo formaron José Manuel Pérez Ferri, Alejandro González Alegre, Irene Palomo Busto, Miriam Parra Villaescusa, Noelia Checa Martínez y Lucía Candela Torregrosa, apoyados en las tareas técnicas por los arqueólogos Roberto Ferrer Carrión y Joaquín Pina Mira, quienes también están realizando los dibujos del material arqueológico de la prospección. A todos ellos, y en especial a éstos últimos, les agradecemos desde estas líneas su implicación en el proyecto. Gracias al esfuerzo de todos, esperamos poder contar, en breve tiempo, con los resultados de esta primera campaña en el Castellar de la Morera.

documentar todo el recinto amurallado así como diferentes complejos constructivos diseminados principalmente por la parte media y más alta del cerro. Destacamos aquí los principales complejos identificados que serán objetivo de estudio en las siguientes campañas.

4.1. EL RECINTO AMURALLADO

A falta de un estudio más preciso de la fortificación que esperamos emprender en la segunda campaña del año 2008, el recinto amurallado es uno de los elementos más presentes y significativos del conjunto arqueológico existente en el Castellar de la Morera. Con lienzos que superan los 325 metros de longitud y con una anchura media de 1,50 metros, la muralla circunda el yacimiento en todos sus frentes. Cierta es que existen aparentes discontinuidades, sobre todo en el frente Noroeste del cerro sobre el Pantano de Elche, pero la topografía realizada durante esta primera campaña ha permitido completar prácticamente el recinto (Fig. 8).

Dicho recinto presenta algunas particularidades interesantes a reseñar. En primer lugar se aprecia la existencia de una doble fábrica constructiva, lo que podría indicar la existencia de dos fases constructivas y cronológicas en la muralla: de un lado, la obra predominante en piedra seca (Fig. 9), con hiladas de



Figura 9: Vistas parciales de la muralla Sur del Castellar de la Morera.



Figura 10: Vista de la muralla

disposición horizontal, encajando la mampostería y ajustándola a los espacios, buscando la disposición de los bloques más grandes en las partes bajas de los muros (Fig. 11). De otro lado, la segunda fábrica, localizada en ciertos sectores del recinto, es igualmente de mampostería irregular dispuesta en hiladas, pero aparece trabada con mortero de barro de tonalidad marrón (Fig. 10). Ambas fábricas son constante habitual, como veremos brevemente, en el resto de espacios constructivos del yacimiento.

Un segundo aspecto a reseñar es la presencia de un engrosamiento interno en el frente Norte de la muralla;



Figura 11: Detalle de la mampostería irregular con disposición intencionada de grandes bloques en las partes más bajas.



Figura 12: Detalle del adarve de la muralla Sur.

se trata de un muro adosado a la cara interna de la misma que actuaría —es una hipótesis de trabajo— como adarve o paso de ronda para recorrer la muralla y acercarse al parapeto de protección (Fig. 12).

En el frente Sur se documentan igualmente esfuerzos similares si bien en esta ocasión se obtienen del adelgazamiento del espesor total de la obra. En ambos casos y sin entrar en un análisis todavía prematuro de las formas de organización de los procesos productivos arquitectónicos, ambas soluciones denotan una planificación previa y una complejidad defensiva que hará del estudio del recinto amurallado una de las piedras angulares de este proyecto.

4.2. LOS RESTOS CONSTRUCTIVOS

El sector del yacimiento que presenta la mayor densidad constructiva en superficie es el denominado Sector I, que ocupa la cresta más elevada del cerro y donde se localizan hasta tres concentraciones o complejos, designados por el Grupo de Estudios Ilicitanos como el Castillete, Poblado I y Poblado II respectivamente (1982, 68) (Fig. 4).

El mayor de ellos, al que la historiografía ha bautizado como «El Castillete» (Fig. 13), responde a un edificio de planta casi cuadrangular de unos 35 metros de lado, que ofrecen unos 1.100 metros cuadrados de superficie, con un gran patio central, flanqueado por

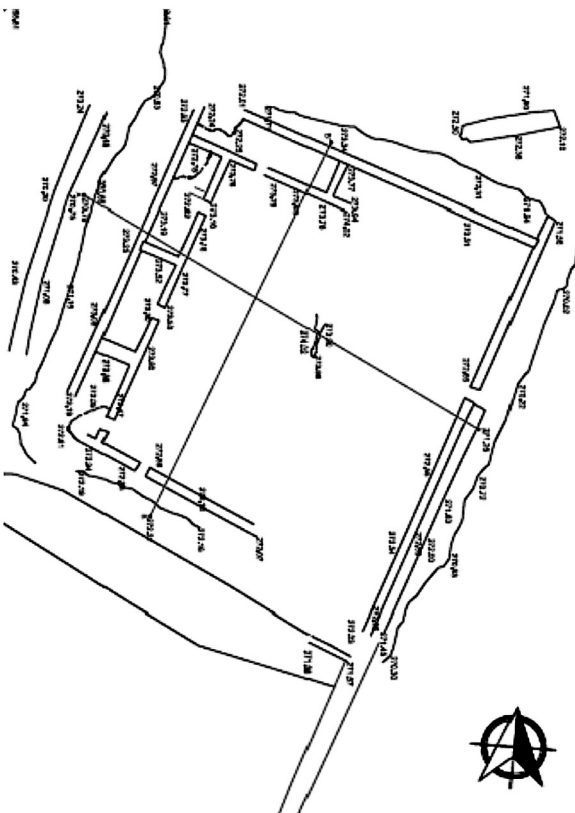


Figura 13: Planimetría del recinto denominado *El Castillete*.



Figura 14 y 15: Detalle de las estancias y paramentos interiores del Castillete.

cuatro estancias en sus frentes Oeste y Norte. La obra es de mampostería de mediano tamaño dispuesta en hiladas horizontales, trabada con mortero de barro y revestida por una capa de enlucido de tonalidad blanquecino-amarillenta, que ha desaparecido en gran parte del edificio conservado (Figs. 14 y 15).

Los vanos de acceso al interior del patio están perfectamente marcados por el encintado de la mampostería que conforma los muros, dejando unas anchuras medias de paso cercanas a los 87 cm (Fig. 16). Se constata la presencia de atarjeas de desagüe que evacuaban al exterior a través de los muros perimetrales del recinto, sobre todo en el frente Norte, posiblemente por debajo de los niveles de pavimento muy alterados en



Figura 16: Vista parcial de uno de los vanos del Castillete.



Figura 17: Detalle de los desagües del Castillete.

estos puntos por derrumbes y remociones clandestinas de los relieves (Fig. 17).

El acceso interior al complejo no ha podido ser documentado, aunque parece probable que se hallase en el frente Sur, lugar donde se percibe un largo muro de cierre hoy parcialmente perdido. Sin embargo, se ha podido registrar un acceso en la fachada oriental que comunica directamente el patio con el exterior, ya que en este punto no existen estancias intermedias. El enorme desnivel de esta ladera, donde el cerro se encresta de forma muy acusada, únicamente permite suponer la existencia de un enriscado acceso peatonal hoy difícilmente reconocible en un entorno muy afectado además por las canteras de extracción de piedra.

Siguiendo la plataforma hacia el Oeste encontramos el segundo conjunto constructivo –(poblado 1 del Grupo Ilicitano de Estudios Arqueológicos (Fig. 4)– con una morfología radicalmente diferente a la mostrada en el Castillete. El recinto, con una planta poligonal, está construido en piedra seca y presenta el acceso por el frente Este, a través de un vano marcado por dos grandes lajas de piedra que actúan a modo de jambas (Fig. 18). El reconocimiento de la estructura interna del edificio es complicado debido al alto número de derrumbes y piedras caídas, pero se intuyen



Figura 18: Detalle de las jambas del vano de acceso al segundo complejo.

diferentes estancias de planta rectangular comunicadas entre sí por pasos o vanos. Una más que necesaria limpieza de los derrumbes aclararía la configuración del edificio, así como su distribución interna.

Por último y siempre hacia occidente, se sitúa el tercer gran complejo constructivo de la parte más elevada del cerro, que el G.I.E.A. definió como Poblado II Pirámide, ya que en su croquis se apreciaba una planta de tendencia triangular (Fig. 4). Por el contrario, la topografía con GPS ha revelado una estructura rectangular, dotada de diferentes estancias cuya potente colmatación impide analizar su distribución interna. Un recinto expolio clandestino permite apreciar parte del alzado conservado de sus muros, que presentan una morfología similar a la encontrada en el Castillete; es decir, mampostería irregular en hiladas horizontales trabadas con mortero de barro y revestidos de enlucido de tonalidad blanquecino-amarillenta (Fig. 19). Este edificio y su alto grado de colmatación, le hace susceptible de ser excavado en próximas campañas, ya que parece contar con una secuencia estratigráfica completa, similar a la documentada en el Castillete.

Dejando a un lado el complejo constructivo de la parte más elevada del cerro, la prospección de 2007 ha permitido identificar también otros edificios, aunque de estructura más simple. El primero de ellos se



Figura 19: Detalles del tercer complejo de la plataforma superior.



Figura 20: Vistas generales de la estancia localizada al Oeste del recinto.

encuentra en el sector Oeste del yacimiento y se trata de una estancia de planta rectangular con un vano de acceso meridional marcado por dos lajas de piedra que actúan como jambas (Fig. 20). Cerca de dicha estancia localizamos otras dos estructuras de mayor superficie, construidas en piedra seca como el Poblado I; sus vanos están contruidos con grandes lajas de piedra a modo de jambas y dispuestos en la fachada occidental.

En el sector oriental del yacimiento, a lo largo de la muralla que desciende por el cerro, se han localizado también diversos muros que se adosan perpendicularmente a la cara interna de la muralla, pero sin apreciar su cierre. Asimismo, al sur del recinto se aprecian restos de una estructura de habitación cuadrangular de la que parte un largo muro cuyo final ha sido imposible documentar.

Por último hay que indicar que el cerro se encuentra surcado de alineamientos –terrazas constructivas o abancalamientos agrícolas–, estructuras de refugio para cazadores –los *catxirulets* que recoge el trabajo del GIEA (Fig. 4)–, y corrales ganaderos; todas ellas construidas con morfologías similares a las de las estructuras medievales documentadas –piedra seca en su mayoría– y con materiales procedentes de construcciones contemporáneas a la muralla y los recintos superiores, lo que hace enormemente difícil identificar

con nitidez más estructuras en el interior del recinto. Dada la enorme superficie del recinto, la continuación de los trabajos permitirá, sin lugar a dudas, documentar nuevas estructuras al interior de la muralla y matizar su cronología.

A la vista de las estructuras documentadas y a modo de conclusión, hemos de destacar fundamentalmente la presencia de los dos tipos de fábricas que son dominantes en el yacimiento. De un lado, las construcciones a piedra seca, como en el caso el Poblado I o de algunas de las estancias que se sitúan en el sector Oeste del yacimiento, que constituyen un tipo de fábrica muy habitual en las construcciones de época islámica temprana en nuestro territorio (Gutiérrez Lloret, 1996; Azuar Ruiz, 1998). De otro, la fábrica de mampostería con mortero de barro y cal –representada por la construcción denominada el Castillete– es bastante común en muchas obras de diferentes épocas, y hasta la fecha se la ha relacionado con fases históricas diferentes, atribuyéndole muy a menudo cronologías bajo o plenamente medievales de acuerdo con la opinión de Pedro Ibarra.

No obstante y atendiendo a los conocimientos sobre la evolución diacrónica de técnicas y procedimientos constructivos en la región no parece posible relacionar dicha estructura con las construcciones defensivas de época moderna –genéricamente siglos XVI a XVIII– ya que los morteros y el sistema constructivo son sensiblemente diferentes en dicho periodo, al tiempo que la edificación no presenta ninguna construcción de planta circular, ni posee alambores ni taludes propios de las defensas renacentistas. Tampoco hemos podido documentar la presencia de aperturas con deriva externa que podamos identificar con troneras o cañoneras, elementos habituales de la defensa pasiva de este tipo de fortificaciones.

Resulta igualmente difícil relacionarla con las obras propias de la última época feudal e inicios del mundo moderno –lo que solemos denominar defensas preabaluartadas propias de los siglos XV y XVI– como pretendían los historiadores locales, puesto que carece de aspilleras o elementos de defensa vertical como los matacanes, y no se documentan las típicas fábricas de este momento, con el uso de la sillería encadenada en las esquinas. Retrocediendo en la antigüedad atribuida tampoco podemos relacionarla con las obras feudales de primera época cristiana –siglos XIII y XIV–, realizadas con la técnica del tapial, con un relleno de mampostería y mortero de barro dispuesto en hiladas horizontales, documentada en muchas villas de conquista de nuestro territorio –Ifac, Cocentaina, Alcoi, etc.– o en fortificaciones tan señeras en nuestra provincia como el Castillo de Forna o el de Castilla de dicha cronología. Y menos aún podemos relacionarla con las obras de tapial correspondientes a la última época almohade –siglos XII y XIII– que jalonan nuestro territorio, ya que no hemos encontrado ninguna prueba de que el edificio tuviera este tipo de técnica en su sistema constructivo.

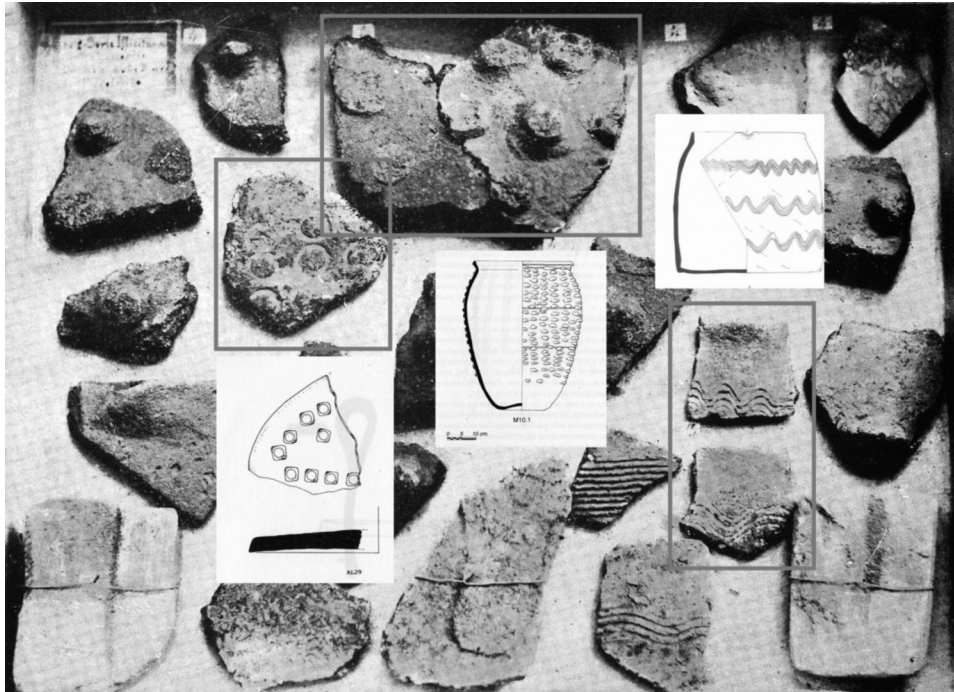


Figura 21: Materiales del Castellar descubiertos por P. Ibarra en el año 1926 con la identificación de la forma cerámica según las tipologías actuales.

Por tanto y en espera de la luz que aporten los futuros trabajos de excavación, los paralelos constructivos más fiables nos remiten a contextos islámicos tempranos, propios de finales del siglo X y principios del siglo XI, como los del *Ribat* de Guardamar, donde revocos, jambaje monolítico o disposición de la mampostería en hiladas se documentan ampliamente.

5. EL MATERIAL CERÁMICO Y EL PROBLEMA CRONOLÓGICO

Es a todas luces prematuro pretender confirmar o refutar algunas de las hipótesis planteadas en el proyecto en esta presentación inicial. Quedan muchas dudas que resolver, al tiempo que los trabajos de campo han

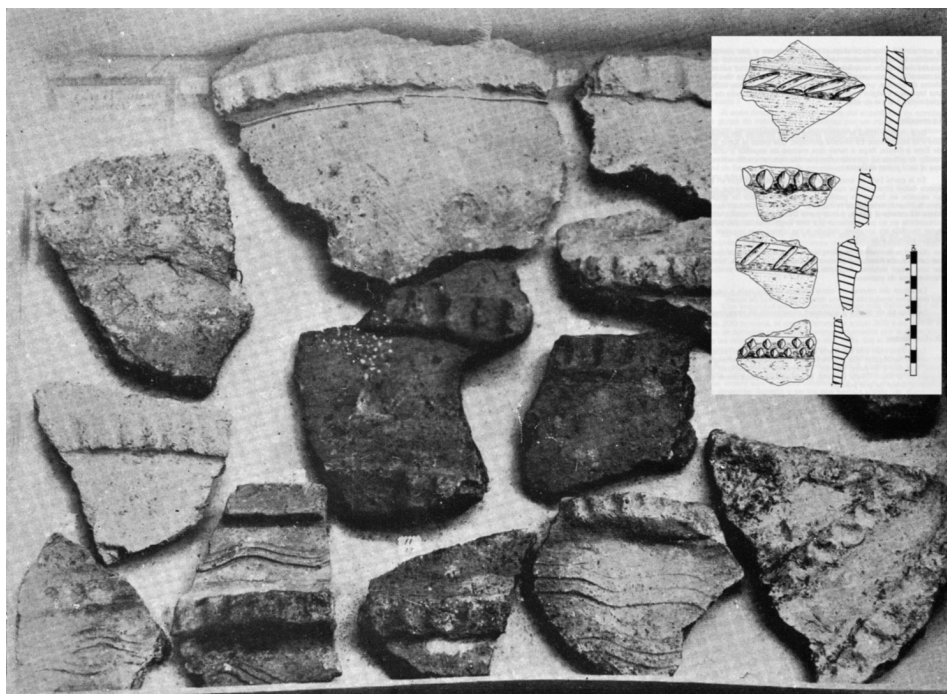


Figura 22: Fragmentos de tinaja con el cordón digitado descubiertos por P. Ibarra en el año 1926, confrontados con dibujos del GIEA (1982).

planteado nuevos y diversos interrogantes, pero en el estado actual de la investigación es posible adelantar algunas precisiones sobre la cronología de los restos materiales hallados en el cerro del Castellar de la Morera. La indefinición cronológica de sus restos ha sido una de las características seculares de este espectacular pero ignoto yacimiento, porque de él se ha dicho de todo: desde la adscripción de sus ruinas a época romana, como apuntó en el pasado Cristóbal Sanz (1621), o de sus materiales al neolítico, como sugirió Pedro Ibarra en 1926, hasta considerar la estructura del Castillete una fortificación de época feudal, como indicaron en su momento tanto Alejandro Ramos Folqués como el GIEA, siguiendo nuevamente a Pedro Ibarra. La propuesta más reciente, de la que parte nuestro proyecto, propone ubicar su cronología en los umbrales del siglo X, en relación con la mayor islamización social y la desestructuración de las redes de asentamientos en altura con posterioridad a la *fitna* (Gutiérrez Lloret, 1996, 285), sin negar la eventual existencia de un asentamiento previo de cronología tar-doantigua avanzada (ss. VII y VIII) que podría deducirse de la aparición de ciertas ánforas de dicha filiación.

Por tanto, y aunque las líneas de trabajo de este equipo están bien marcadas, la realidad arqueológica puede revelar otras claves diferentes que sólo el estudio en profundidad de los datos obtenidos en el campo puede confirmar o desmentir. En este sentido, las claves cronológicas que actualmente podemos poner sobre la mesa proceden, a más del material constructivo hallado en el yacimiento, del registro cerámico documentado.

Los primeros datos que nos permiten ir estableciendo el horizonte cronológico son los aportados por el material de P. Ibarra, publicado en el año 1926 y revisado posteriormente por S. Gutiérrez (1996, 366). En las láminas y descripciones que ilustran la edición, aparecen materiales de la Edad del Bronce –sobre todo, líticos– de época romana tardía y en clara abundancia, de época islámica. Los materiales tardorromanos –ánforas, *terra sigillata* africana y cerámicas con pellas de barro muy similares a la forma M10.1 de S.



Figura 23: Fragmentos de cerámicas en verde y manganeso. Donación José Antonio Aniorte.

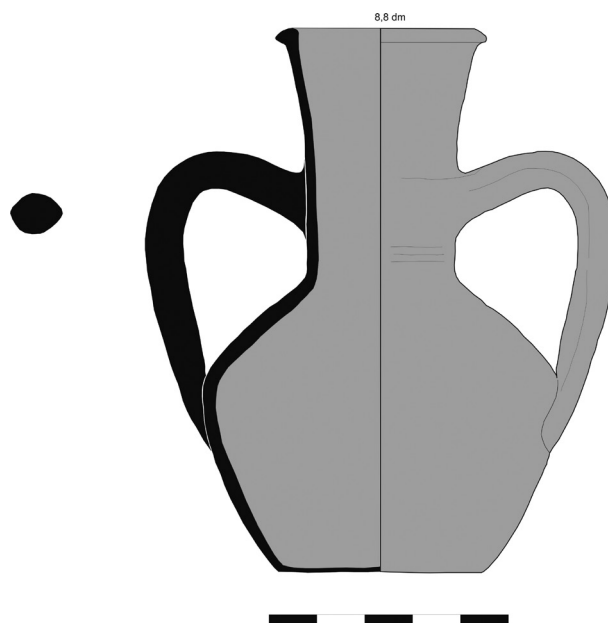


Figura 24: Jarrita vidriada en melado. Donación José Antonio Aniorte.

Gutiérrez– indican, a pesar de su escasez, la existencia de un asentamiento previo al mundo islámico, con el que también se pueden relacionar algunos fragmentos de grandes tapaderas a mano con decoración impresa de motivos circulares, similares a la forma Gutiérrez M30.1.1, documentada en la cercana Alcudia de Elche y fechada entre los siglos VII y VIII (Gutiérrez Lloret, 1996, Fig. 76, 3) (Fig. 21).

El material plenamente islámico es con mucho el más abundante en la colección Ibarra, destacando varios fragmentos de tinajas con cordón plástico en relieve –forma M10.2 o M10.3– (Fig. 22), marmitas del tipo M4.2, fragmentos de olla escotada del tipo T6.7, tapaderas planas de la forma M30.2 e incluso un candil del tipo 6.2 del Ribat de Guardamar, documentado por el GIEA, propio de los niveles superiores del yacimiento y fechado entre la segunda mitad del siglo X y el primer cuarto del siglo XI (Azuar *et alii*, 1989; Menéndez Fueyo, 2004). Además, a esta lista se pueden añadir fragmentos de ollas del tipo valenciano –forma Gutiérrez T6.6 – y cerámica pintada en color siena oscuro (Gutiérrez Lloret, 1996, 366).

Por otro lado y gracias a la generosidad de D. José Antonio Aniorte, hemos tenido la suerte de unir a los fondos de la prospección en proceso de estudio (fragmentados y rodados como suele ser frecuente en este tipo de deposiciones secundarias), un importante lote de material del yacimiento recogido en superficie en 1992 con motivo de la reforestación pública que se hizo en el cerro⁶. La donación, que actualmente se

6. Dicha repoblación, por demás absolutamente fracasada, supuso la perforación sistemática de la superficie de casi todo el frente Sur del interior del recinto y el afloramiento de

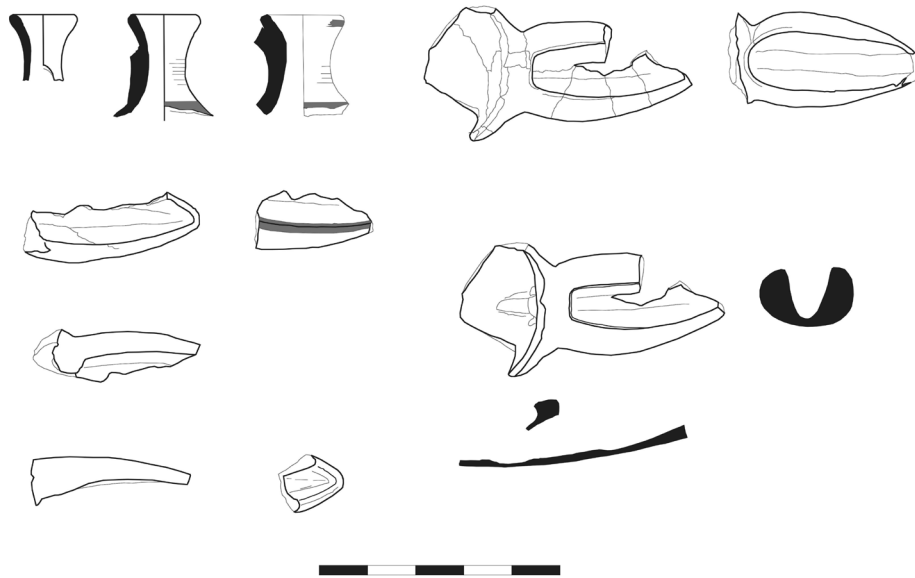


Figura 25: Fragmentos de candiles de piquera. Donación José Antonio Aniorte.

encuentra en fase de catalogación y estudio, se compone de un número superior a los 300 fragmentos cerámicos, entre los que destacan la presencia de varias piezas enteras con un excelente grado de conservación. El donante se encargó de realizar una ordenación inicial del material y una reconstrucción parcial de las piezas fragmentadas, obteniendo algunos perfiles completos.

Dos aspectos destacan sobremanera en todo el conjunto donado, que podemos suponer un muestreo representativo del depósito estratigráfico: por un lado, su enorme homogeneidad pese a tratarse de un material superficial; no aparecen prácticamente materiales de épocas posteriores, —como podría suponerse en los niveles superiores de un yacimiento— aunque sí anteriores como fragmentos de grandes contenedores de tipo africano, adscribibles al final de la época tardorromana. Y por otro, el excelente grado de recomposición que tienen las piezas que, como en el caso de una jarrita vidriada se ha podido completar al 100% su forma original; este dato parece sugerir la existencia de deposiciones primarias que aportarán interesantes datos sobre el abandono del yacimiento.

En una primera aproximación al conjunto, podemos destacar la presencia de algunos fragmentos de verde y manganeso, entre los que destaca un borde

ingentes cantidades de material arqueológico, que quedaron abandonadas en el cerro. La donación de varios de esos materiales recogidos por un particular —cuyo destino final será el Museo Arqueológico y de Historia de Elche (MAHE) para disfrute y conocimiento de todos los ciudadanos — a raíz de la difusión pública del proyecto y su discusión en la prensa local, ha supuesto un avance espectacular en el conocimiento de la cultura material del yacimiento y su eventual potencialidad histórica. Queremos dejar constancia en estas líneas de la insustituible colaboración de D. José Antonio Aniorte.

de atañor con la típica cenefa de ovas en el borde, que remite a contextos claramente califales (Fig. 23). A estas piezas se unen una jarrita de cuerpo globular y cuello estrecho alto moldurado, vidriada en tono melado, que podría adscribirse a contextos califales tardíos⁷, así como un número significativo de fragmentos con cubierta vítrea melada con manganeso (Fig. 24), la conocida técnica de *alcafol*⁸, que ya aparecían documentados entre los restos del contexto A del alfar de la c/ Curtidores-Filet de Fora de la ciudad de Elche, fechado en la segunda mitad del siglo X y la primera mitad del siglo XI (Azuar y Menéndez, 1999, 687).

Aparte de las piezas vidriadas, la donación recoge prácticamente todo el abanico de formas conocidas en el repertorio cerámico de finales del siglo X,

7. La escasa o nula aparición de piezas vidriadas es la característica principal de contextos emirales e incluso califales de primera época, caso de los niveles previos a la construcción del *Ribāt* de Guardamar (Gutiérrez Lloret, 2004, 82), los documentados en los primeros *huşun* del Vinalopó (Azuar Ruiz, 1994, 67-103), los materiales del contexto A del alfar de la c/ Curtidores – Filet de Fora (Azuar y Menéndez, 1999, 679-690) o los más recientes hallazgos —presentados en este mismo volumen— en el Cabezo Pardo de San Isidro – Granja de Rocamora (López Padilla y Ximénez de Embún, 2008). La mayor presencia de material con cubierta vítrea denota una evolución y le otorgan una cronología algo más tardía de los registros, situándose a mitad del siglo X (Gutiérrez Lloret, 1988, 233), camino de la aparición de las cerámicas policromas, a partir de la segunda mitad del siglo XI.

8. De una enorme dispersión y amplitud cronológica por todo el territorio de *al-Andalus*. En nuestro territorio pueden localizarse en el solar del Banco Bilbao en la ciudad de Denia, en el castillo de Cocentaina y en el Castellar de Alcoi (Azuar Ruiz, 1989, 318).

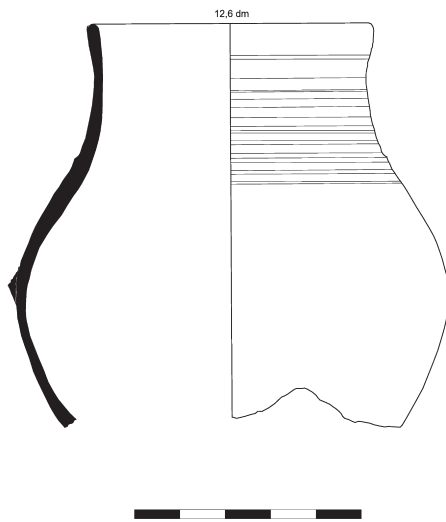


Figura 26: Olla valenciana. Donación José Antonio Aniorte.

como son las marmitas de base plana, ampliamente documentadas en los yacimientos del territorio de la Cora de Tudmir (Gutiérrez Lloret, 1988; 1996); las piqueras correspondientes a los candiles de la forma 6.2. (Fig. 25), documentados en el registro cerámico sobre pavimento del Ribāṭ de Guardamar del Segura (Azuar Ruiz, 1982; 1989; Menéndez, 2004, 89-130) y en el contexto A del alfar islámico de la c/Curtidores – Filet de Fora (Azuar y Menéndez, 1996, 681, Lámina 2); o las características ollas de tipo valenciano, definidas por André Bazzana (1986, 93-99; 1992) (Fig. 26).

Junto a estos materiales también se documentan cerámicas pintadas, sobre todo la serie decorativa de las flores de loto entre metopas (Fig. 27) que tanto aparecen en las formas de agua del registro cerámico del Ribat de Guardamar y que se encuentran sobre los niveles de pavimentación del yacimiento (Azuar *et alii*, 1989; Menéndez, 2004, 89-130). También podemos localizarlas entre los materiales del contexto A del alfar islámico de la c/ Curtidores – Filet de Fora de Elche (Azuar y Menéndez, 1999, 679-690); en el cercano Castellet de la Murta en Agost (Azuar Ruiz, 1994, 82), en el Castillo de Petrer (Azuar Ruiz, 1994, 78) y en el Castillo de Sax (Azuar Ruiz, 1994, 76). En todos los casos, el registro documentado ofrece una cronología entre la segunda mitad del siglo X y las primeras décadas del siglo XI, coincidente con el horizonte cronológico en que se inscribe el resto del material del yacimiento.

En resumen, el material donado por D. José Antonio Aniorte, a la espera de un estudio de mayor profundidad, confirma plenamente el horizonte cultural de segunda mitad del siglo X y primeras décadas del siglo XI que hasta la fecha veníamos barajando para el yacimiento, ofreciendo además claros referentes cerámicos que nos permitirán en un futuro próximo, matizar este marco cronológico para el Castellar de la Morera.

6. SIGNIFICADO HISTÓRICO DEL CASTELLAR DE LA MORERA: ¿MADĪNA O HĪṢN?

La discusión científica que esta pregunta suscita se ha planteado con discrepancias en el seno del propio equipo científico, pero su respuesta es todavía



Figura 27: Fragmentos de jarritas pintadas en óxido de hierro con el motivo de las flores de loto entre metopas. Donación José Antonio Aniorte.

prematura ya que no contamos aún con suficientes elementos de análisis. No obstante, en el estado actual de la investigación, la magnitud del recinto amurallado, que encierra una superficie de 11.4 hectáreas, y sus características constructivas obligan a intentar entender qué papel juega este yacimiento en el conjunto del poblamiento de la zona en esta época.

Las hipótesis planteadas hasta la fecha sugieren interpretarlo como un poblado fortificado, construido sobre un sustrato material de época tardorromana⁹, en los umbrales del siglo X en el contexto poblacional resultante de la desestructuración de las redes de asentamientos en altura con posterioridad a la *fitna*. Podríamos englobarlo, como indica S. Gutiérrez «...en un nuevo tipo de hábitat fortificado, que puede construirse ex novo o, por el contrario, aprovechar el solar de antiguos refugios enriscados...» (Gutiérrez Lloret, 1996, 285).

Más que un refugio en altura, del estilo de el Monastil (Elda), el Zambo (Novelda), el Forat (Crevillent) o els Castellarets en Petrer, el Castellar es un auténtico poblado amurallado –un *ḥiṣn*– cuya superficie amesetada se aprovecha para edificar el área doméstica. Su carácter como lugar fortificado, aunque con zonas residenciales en su interior, queda fuera de toda duda, por su ubicación en altura y por la presencia de un recinto amurallado de primer orden que recorre todo el yacimiento, con una anchura cercana a los dos metros y una altura conservada superior a los dos metros en alguno de sus puntos.

El Castellar debe pertenecer a este contexto y a este grupo de asentamientos, junto a otros como el Castellar de Alcoi, el Cabezo del Moro y el Cabezo Soler. Los materiales que ofrecen estos asentamientos evidencian la paulatina integración de las comunidades rurales en los mercados urbanos, ya que gran parte de los materiales documentados en el yacimiento corresponden con productos que son realizados en los alfares de la cercana ciudad de Il (Elche). La razón de ser de este tipo de asentamiento se halla en la creciente valoración de los espacios de cultivo y la necesidad de estructurar el poblamiento en alquerías, indicando que, para realizar dicho planteamiento, es absolutamente

necesario un nivel de uniformización cultural y un tejido social homogéneamente islamizado (Gutiérrez Lloret, 1996, 285). De ahí que la cronología de este tipo de asentamiento pueda vincularse a la política de consolidación del Estado Califal durante gran parte del siglo X como desenlace de ese paulatino proceso de islamización que sufre el territorio durante los siglos VIII y IX (Azuar Ruiz, 1994, 85).

Frente a esta postura, tenemos la propuesta planteada por el profesor Pierre Guichard y que ha servido de base para la génesis de este proyecto, donde propone la eventual identificación de El Castellar con un asentamiento islámico temprano, quizá de origen campamental y con rasgos «urbanizantes», al que se denominaría *al-‘Askar* –término que curiosamente significa «El Campamento»– aparente trasunto de una realidad percibida como urbana por el geógrafo oriental *al-Ya‘qūbī* a finales del siglo IX y que Guichard vincula al linaje árabe de los *Banū al-‘ayj*, famoso por sus episodios de disidencia en los castillos de Alicante y Callosa de Segura entre los años 924 y 928, asentado según *Ibn Hazm* en los distritos y alrededores de Elche (Guichard, 2007, 99-105).

Ciertamente el Castellar viene a aportar luz en un *hiatus* material y cronológico hasta ahora incuestionable a la vista de las pruebas arqueológicas, para la evolución del poblamiento de Elche y su entorno. Los recientes trabajos de la fundación universitaria «La Alcudia» en la ciudad de *Ilici* demuestran la existencia de importantes contextos visigodos –a más de algunos materiales emirales por el momento descontextualizados– y la convierten en la más plausible identificación de la ciudad mencionada en el famoso Pacto de Teodomiro del año 713.

Por el contrario, las intervenciones realizadas en la actual ciudad de Elche no documentan vestigios anteriores al siglo XI (Esquembre, Ortega, Molina y Molina-Burguera, 2004, 59-83), llegando en algunos casos muy concretos como el del Palacio de Altamira (López Seguí, 2001, 165-174; López Seguí, Martínez Carmona y Valero Climent, 2002, 47-58) o el alfar islámico de la c/Curtidores – Filet de Fora (Azuar y Menéndez, 1999, 679-690), a rozar tímidamente los umbrales de finales del siglo X.

Por tanto, las explicaciones para determinar el poblamiento entre los siglos VIII al X hay que buscarlas fuera del entorno urbano de Elche. En concreto, el Castellar es uno de los pocos yacimientos que puede ofrecer niveles arqueológicos cercanos a la horquilla cronológica indicada. Los datos arqueológicos recogidos hasta el momento apuntan a un temprano abandono, situado en las décadas iniciales del siglo XI, lo que parece coincidir con la secuencia cronológica de otros yacimientos similares como el Castellet de la Murta en Agost, explicado por la relativa ausencia de material vidriado y la inexistencia de formas cerámicas propias de la segunda mitad del siglo XI, sobre todo, de las cerámicas policromas (Azuar Ruiz, 1994, 91).

9. La magnitud y cronología de esta presencia preislámica, atestiguada fundamentalmente por la aparición de ánforas africanas, resulta todavía difícil de precisar, siendo imposible descartar una solución de continuidad entre ambas realidades. En este sentido, y en espera de precisar las cronologías, no conviene olvidar que hasta el momento se percibe un aparente hiato entre los materiales «tardoantiguos o visigodos» y el conjunto de la ocupación islámica, fechable aparentemente entre los siglos X y XI, sin que a fecha de hoy y en ausencia de contextos estratificados, hayamos podido documentar contextos plenamente emirales, atribuibles a la segunda mitad del siglo VIII y al IX. La presencia de dichos contextos es inexcusable para proponer cualquier eventual continuidad poblacional entre los siglos VII y X, continuidad que con los datos hoy disponibles está lejos de quedar demostrada.

En nuestro caso, y sin desmarcarnos del entorno cronológico que ha mostrado el material, es cierto que la presencia de material vidriado es muy superior – incluso, diríamos que abundante– a la constatada en otros yacimientos de la misma zona y cronología, como el caso del *Ribat* de Guardamar, donde la presencia de material vidriado es mínima. Si bien es cierto que los registros documentados en este material se sitúan perfectamente dentro del entorno cronológico apuntado desde un principio.

No obstante, aún queda mucho por hacer y decir. El proyecto, actualmente en fase inicial, ya está ofreciendo respuestas a las hipótesis planteadas y su significación histórica sólo se explicará a la luz de los resultados de una investigación. El debate científico está abierto y la discusión sobre el Castellar de la Morera –se trate o no de un *al-‘Askar* concreto– se contempla necesariamente en la estrategia de una investigación científica diseñada y planificada, sin que su eventual identificación altere o afecte la labor de documentación arqueológica emprendida por este equipo.

Profa. Dra. Sonia Gutiérrez Lloret
Área de Arqueología
Dpto. de Prehistoria, Arqueología, Hª Antigua,
Filología Griega y Filología Latina
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Alicante
03080 Alicante
sonia.gutierrez@ua.es

José Luis Menéndez Fueyo
Museo Arqueológico de Alicante (MARQ)
Plaza Dr. Gómez Ulla s/n
03013 Alicante
jlmenend@dip-alicante.es

Prof. Dr. Pierre Guichard
Université Lumière II – Lyon
23 boulevard des Castors
69005 Lyon (Francia)
pierreguichard07@free.fr

BIBLIOGRAFÍA

- AZUAR RUIZ, R., 1994: «Formación y consolidación de los territorios castrales en época islámica. Los *Husun* del Vinalopó (Alicante. Siglos VIII al XI)», *Fortificaciones y castillos de Alicante. Los Valles del Vinalopó*, 67-103, Petrer.
- AZUAR RUIZ, R. y MENÉNDEZ FUEYO, J.L., 1999: «El Alfar islámico de Elche (Alicante)(siglos XI-XIII)», *II Congreso de Arqueología Peninsular*, 679-690, Alcalá de Henares.
- AZUAR RUIZ, R. ET ALII, 1989: *La Rábita califal de Guardamar del Segura (Alicante): Cerámica, fauna, malacofauna y epigrafía*, Alicante.
- BAZZANA, A., 1986: «Essai de typologie des ollas Valenciennes», *II Congreso Internacional de Cerámica Medieval del Mediterráneo Occidental*, 93-99, Madrid.
- BAZZANA, A., 1992: *Maisons d'Al-Andalus*, Madrid.
- BORREGO COLOMER, M. y SARANOVA ZOZAYA, R.; 1990: «La ciudad islámica de Elche. Fortificación y espacios urbanos», *Boletín de Arqueología Medieval*, 4, 173-193.
- ESQUEMBRE BEBIA, M.A., ORTEGA PÉREZ, J.R., MOLINA MAS, F.A. y MOLINA-BURGUERA, G.; 2004: «Vivienda y trama urbana de época islámica en el Sur de Alicante», *De la Medina a la Vila. II Jornadas de Arqueología Medieval*, 59-81, Petrer-Novelda.
- GRUPO ILICITANO DE ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS (GIEA), 1982: «El Castellar: Introducción a su estudio», *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos*, 37, 67-85.
- GUICHARD, P., 2005: «Le Castellar de Morera d'Elche est-il la Madīna d'al-‘askar des textes arabes?», *MARQ. Arqueología y Museos*, 2, 99-105.
- GUTIÉRREZ LLORET, S.; 1988: *Cerámica común paleoandalusí del Sur de Alicante (siglo VII-X)*, Alicante.
- GUTIÉRREZ LLORET, S., 1996: *La Cora de Tudmir. De la antigüedad tardía al mundo islámico. Poblamiento y cultura material*, Alicante.
- GUTIÉRREZ LLORET, S., 2004: «El ribāṭ antes del ribat. El contexto material y social del ribāṭ antiguo», en R. AZUAR RUIZ (coord.), *El Ribat Califal. Excavaciones e investigaciones (1984-1992)*, 73-87, Madrid.
- IBARRA, P., 1926: *Elche, materiales para su historia*, Cuenca.
- LÓPEZ PADILLA, J.A. y XIMÉNEZ DE EMBÚN, T., 2008: «Excavaciones arqueológicas en el yacimiento emiral de Cabezo Pardo (San Isidro-Granja de Rocamora, Alicante). Primeros resultados», *Lucentum*, XXVII, 165-174.
- LÓPEZ SEGUÍ, E., 2001: «L'Alcasser de la Senyoria», en *Castillos y torres en el Vinalopó*, Colección l'Alcoleja 4, 175-180, Petrer.
- LÓPEZ SEGUÍ, E., MARTÍNEZ CARMONA, A. y VALERO CLIMENT, A., 2002: «Reflexiones en torno a la evolución histórica de Elche a partir de la excavación del solar de les cases de la Mare de Déu», *Castells*, 8, 47-58.
- LÓPEZ SEGUÍ, E., GÓMEZ MARTÍNEZ, I., PASTOR MIRA, A., TENDERO FERNÁNDEZ, F. E. y TORREGROSA JIMÉNEZ, P., 2004: «Elche medieval: la evolución de sus sistema defensivo», *De la Medina a la Vila. II Jornadas de Arqueología Medieval*, 33-59, Petrer-Novelda.
- MENÉNDEZ FUEYO, J.L., 2004: «La cerámica de la rábita califal», en R. AZUAR RUIZ (coord.), *El Ribat Califal. Excavaciones e investigaciones (1984-1992)*, 89-130, Madrid.
- MOLINA LÓPEZ, E., 1972: *La Cora de Tudmir según al-‘Udrī (s. XI). Aportaciones al estudio geográfico-descriptivo del SE peninsular*; Cuadernos de la Historia del Islam 4, serie monográfica nº 3, Madrid.
- RAMOS FERNÁNDEZ, R., 1975: *La ciudad romana de Illici. Estudio arqueológico*, Elche.
- RAMOS FOLQUÉS, A., 1953: *Mapa arqueológico del término municipal de Elche*, Elche.
- RAMOS, R.; PÉREZ, T.; 1988: «Excavaciones arqueológicas en la muralla medieval de Elche», *Pobladores de Elche*, 10, 41-59.
- REYNOLDS, P., 1985: «Cerámica tardorromana modelada a mano de carácter local, regional y de importación en la provincia de Alicante», *Lucentum*, IV, 245-265.

REYNOLDS, P. 1993: *Settlement and pottery in the Vinalopo Valley (Alicante, Spain), 400-700 AD*, Oxford.

SANZ, C.; 1954: *Recopilación en que se da cuenta de las cosas antiguas como modernas de la ínclita villa de Elche*, manuscrito de 1621 publicado bajo el título *Excelencias de la villa de Elche*.

TÉRES, E., 1957: «Linajes árabes en al-Andalus, según la «*Ÿamhara*» de Ibn Ḥazm», *Al-Andalus*, XXII, fascs. 1 y 2, 53-112 y 337-376.

VIGUERA, M.J. y CORRIENTE, F. (trads.), 1981: *Crónica del Califa 'Abdarrahmān III an-Nāsir entre los años 912 y 924 (al-Muqtabis V)*, de Ibn Ḥayyān de Córdoba, Zaragoza.